

CUENTAS RENDIDAS
[Publicado en la sección TRIBUNA de
“el Periódico EXTREMADURA”
el 4 de noviembre de 2000]

Hubo un tiempo en que los edificios sobrevivían a las personas que habitaban en ellos. Un tiempo en que los padres podían dejar en herencia a sus hijos el reloj, la pluma o los muebles del comedor, con la seguridad de que iban a darle un buen uso. Nada de eso ocurre ya.

Hace a penas unos meses conversamos con Pedro de Lorenzo en la cafetería del cacereño Hotel Extremadura. Pedro de Lorenzo ha muerto y el viejo hotel del Paseo de las Acacias es ya, desde hace algunas horas, un irreconocible amasijo de escombros. Cuando hablamos, el escritor extremeño estaba a punto de concluir la que sería su última novela. Me parece bien que la publiquen en la Editora Regional, me dijo. Pero debes prometerme que te darás prisa, porque no me gustan los libros póstumos.

Así fue como todos nos pusimos a competir con la enfermedad, y logramos salir victoriosos. Pedro de Lorenzo pudo ver su libro en la calle. Vino incluso, acompañado de su mujer, a presentarlo en la Feria del Libro de Cáceres. Le habría gustado hospedarse en el viejo Hotel Extremadura. Nos alojamos siempre aquí, nos dijo, pero no fue posible, porque había dejado de prestar servicio.

Casi sin salir del barrio fue despidiéndose de los escenarios de mocedad que aparecen en ella. La había titulado *Ahora, ¡a otra cosa!* Y era, desde luego, una despedida de la literatura. Porque lo que publicó después –éste sí, el último- fue un libro para los íntimos, una tabla gratulatoria. *Libro de gracias*, lo tituló y contiene veintisiete capítulos que son otras tantas cuentas rendidas. Recibí un ejemplar dedicado: a Fernando Tomás, en la emoción con que viví el capítulo 24 de esos reconocimientos. Hoy, por mano de su hijo, el destinatario de ese capítulo, “Azorín en Santa Marta”, viene a cerrar desde el río infinito de la vida, y con este modesto acuse de recibo, *el círculo de la amistad*.